

CAPÍTULO XII

La columna de Barrios ataca á destiempo la retaguardia brasileña por el Potrero Piris — Es hecho añicos. — Fin de la batalla — Pérdidas de los beligerantes.

ERAN las dos de la tarde. Ya todo había concluído y empezaba el primer silencio de la victoria para ser en seguida interrumpido por las dianas entusiastas; bullanguera apoteosis de los que han caído como buenos en el campo del honor; las tropas guardaban sus posiciones de combate, extendidas en obscuras líneas, donde ya estaban cerrados los claros de la muerte.

De súbito se empieza á sentir el ruido lejano de la mosquetería á retaguardia del ejército brasileño, y en seguida el bajo profundo de ese coro infernal, el cañón, levanta allí ese eco dominante en las batallas.

¿Qué había sucedido? ¿Podía acaso creerse que esos paraguayos casi exterminados volvieran á la lucha, pisando la planicie empedrada con sus mismos cadáveres? ¡Las conjeturas se agrupan! Renace la

duda. Por instinto propio los soldados revistan sus armas. El sobresalto agita los nervios y cunde la alarma rápida otra vez; y cuando se creía del todo asegurada la sangrienta victoria, tenemos que prepararnos abrumados de cansancio y muertos de hambre á un nuevo combate. Mas al fin se conoce la verdad.

Es otra batalla que hay que empeñar contra un enemigo tan tenaz y bravo como ignorante.

La columna del general Barrios, que al iniciar la batalla había retardado su astuto movimiento y que sólo una parte de sus tropas avanzadas alcanzaron en el Potrero Piris á chocar contra la brigada ligera de caballería del general Neto, que se encontraba allí forrajeando, el 24 de voluntarios, y otros cuerpos que en el primer momento fueron rechazados, volvía ahora formidable, aumentada con los regimientos de caballería de los mayores Delgado y González y otras tropas de la división de Díaz quien se había comprometido con López á sostener y garantizar la retirada de Barrios; volvía formidable decíamos, cuando todo el ejército paraguayo había sido repelido del frente y de los flancos del ejército aliado y comprometía una nueva acción aislada, después de las grandes pérdidas sufridas en la lucha del flanco izquierdo de los brasileños en que también había tomado parte, en unión de las tropas del general Díaz.

Avanzaron como una avalancha, arrasando las tropas que prevenidas por el combate anterior ocupa-

ban decididamente el Potrero Piris, y se encajonaron en los dos boquetes del claro, para salir á tomar la retaguardia del ejército brasileño, alcanzando la audacia de un jinete paraguayo hasta intentar con una antorcha incendiar el parque brasileño, intento que demostraba el cumplimiento de una orden, que llevada á cabo, hubiera en ese instante constituido un verdadero pánico.

El peligro era inminente: una nueva división enemiga se presentaba tan audaz como las primeras y era necesario salirle al encuentro para quebrar sus bríos y evitar que el combate tuviese lugar en el terreno que ocupaba el parque de municiones de guerra de los brasileños.

Nuestros aliados no se hicieron esperar y arrojaron sobre los paraguayos algunos batallones de la 13^a brigada de la 4^a división que había quedado en protección de la artillería de esa unidad táctica, mientras tuvo lugar el combate con la primera y segunda línea.

Fué entonces que se trabó una lidia horrorosa en que tomaron parte los batallones brasileños 24, 1^o, 20, 7, 42, 10 y 46 de voluntarios, además la 5^a y 2^a división de caballería, combatiendo á pie el 12 y el 13 de infantería de línea y la brigada ligera de caballería.

En esta encarnizada pelea el general Osorio fué contuso y se cubrió de gloria combatiendo á la cabeza de su brava infantería.

Después de una sangrienta refriega donde hubo avances y retrocesos desordenados por ambas partes y un valor digno de todo elogio, fueron completamente rechazados los paraguayos, flanqueados y cortados, no atinando ya á defenderse, se ejecutó en ellos una horrible carnicería.

Encerrados en el Potrero Piris, en donde habían entrado por tres estrechas picadas, se vieron imposibilitados de ejecutar una rápida retirada, y alcanzados por el I3 de línea y las dos brigadas de la 2ª división de caballería que les hacían tenaz persecución, fueron casi exterminados.

La hermosa división de Barrios quedó materialmente fuera de combate y debió comprender entonces el ignorante soldado que el arte de la guerra, ó lo da la experiencia auxiliada por la instrucción, ó está vivificada por el genio.

Repugnaba ese campo de cadáveres donde en grupos conmovedores se veían 5.000 cuerpos humanos mutilados, destacándose como una melancolía profunda de los horrores que produce el hombre, el batallón número 40, formado con lo más distinguido de los jóvenes de la Asunción. Allí estaban extendidos inertes, los descendientes de la vieja nobleza de la Asunción. Habíase marchitado allí la rama más ilustre de los conquistadores.

Estremecía aquel gran claro desolado del bosque, donde se contemplaban con angustia extrema los despo-

jos sangrientos de una lucha sin piedad, en la que no había heridos, sino cadáveres, dignos de la crueldad de un ejército de bárbaros.

Sombríos árboles, desgajados, anunciando un rudo invierno de plomo, contorneaban ese famoso Potrero Piris y en su arena amarillenta, esparcidos en distintas posiciones, yacían los muertos, teniendo á su lado las empañadas armas con que tan bizarramente habían combatido; semejaba aquel tétrico panorama un inmenso circo romano donde concurriera á darse la muerte un pueblo vencido, para halagar los instintos sanguinarios de un tigre con corona.

A las tres y media de la tarde, la batalla concluía favorablemente para el ejército aliado: el orden táctico de las tres líneas, había superado el bárbaro empuje de la masa común del enemigo, demostrando prácticamente en los diversos episodios de la acción, el continuo y oportuno concurso de la sucesión de esfuerzos, concluyendo al fin, después de un sangriento combate en el que la artillería obtuvo un lauro brillante, postrando con pericia la bárbara pujanza del adversario.

La tenacidad y el valor de ambos combatientes fué digna de admiración, pero donde la táctica sentó su real con la sangre fría de la meditación, allí triunfó sobre los avances inconscientes dirigidos solamente por el impulso, y no por la idea del soldado aguerrido y disciplinado.

Rechazado completamente el ejército paraguayo, algunas de las fuerzas que marchaban á vanguardia con los tres generales de la triple alianza, avanzaron hasta la trinchera del Potrero Sauce y se detuvieron allí algún tiempo, en aquel lugar abandonado y desierto en ese momento, que debía más tarde ser inmortalizado por el heroísmo de los orientales y los argentinos.

Si es verdad que los bravos paraguayos dejaron en el campo 5.000 cadáveres, 350 prisioneros y tuvieron por lo menos 8.000 heridos, perdiendo además tres banderas, 4 estandartes de caballería, 13 cajas de guerra, 4 cañones, 1.500 fusiles, 1.000 tercerolas, 350 lanzas, 300 sables, 200 machetes y 15 cornetas y clarines, 50.000 tiros á bala y gran número de correajes, por otro lado el ejército aliado sufrió dolorosas pérdidas.

Los brasileños por su parte tuvieron 1 general, 61 jefes y oficiales y 657 soldados muertos y 2 generales, 173 jefes y oficiales y 2.113 soldados heridos.

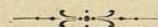
Los argentinos perdieron 3 jefes, 11 oficiales y 115 soldados muertos y 37 oficiales y 443 soldados heridos. (1) Los orientales 12 oficiales y 121 soldados muertos, y 17 oficiales y 115 soldados heridos, presentando un total las pérdidas de las tres fracciones del ejército aliado de 3.913 hombres fuera de comba-

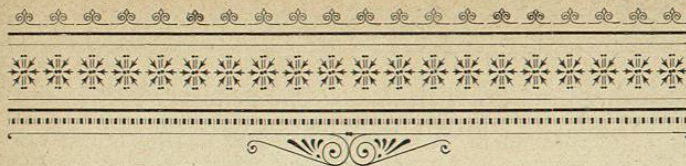
(1) Estas son las bajas del ejército argentino, según documentos oficiales que se encuentran en la Memoria de Guerra. Mas habiendo la Legación brasileña en Buenos Aires pedido al Ministerio de la Guerra, la relación de nuestras pérdidas en esta batalla, se le dió una donde figuraban 910 bajas, es decir, 300 más que las que se ven en los documentos publicados.

te y agregando estas cruentas cifras á las pérdidas de los paraguayos, se destaca con tristeza, que cayeron en el campo, próximamente la mitad de las fuerzas que combatieron en primera línea, y en vista de esta razón es que hemos dicho antes, que la batalla del 24 de Mayo fué una de las más sangrientas de este siglo, tanto, relativamente, como Friedland ó Waterloo.

Es justo pues, que consignemos como homenaje á la buena comportación de nuestros aliados, lo que en la orden general del ejército dada después de la batalla, dice el general Mitre al adjudicar el honor de la jornada al ejército brasileño: « Todos sin excepción alguna, brasileños, argentinos y orientales, cumplieron dignamente con su deber desde el primer general hasta el último soldado, tocando el mayor esfuerzo al ejército brasileño ». A pesar de sus pérdidas, que no tenían una gran importancia en relación á su efectivo y á las del enemigo, el ejército aliado quedó en condiciones de dar inmediatamente otra batalla á un ejército igual al que había vencido; tuvo aproximadamente como 25 batallones brasileños y argentinos que tomaron bien poca parte y no sufrieron casi pérdidas.

En el ejército argentino, que es el que más conocemos, sus mayores pérdidas las soportaron 5 batallones del 1^{er} cuerpo de ejército, siendo de poca importancia las bajas de los demás, y su más sensible despojo los cadáveres de los intrépidos coronel Matías Rivero, del teniente coronel Pagola y mayor Basavilbaso.





CAPÍTULO XIII

Después de la batalla

DESPUÉS de la sangrienta derrota, el ejército paraguayo quedó en el primer momento anonadado. Su desmoralización era inmensa, todo se podía ocultar menos aquella horrible matanza que redujera los grandes batallones á pequeñas compañías, la muerte había barrido violentamente las filas del adversario en unas cuantas horas, y las postradas reliquias de aquella enorme masa de combatientes no daban señales de vida; el cañón vomitando durante cuatro horas un torrente de metralla, influyó de tal modo en el ánimo de los sobrevivientes que fuera en vano la autoridad del mando para reunirlos, y dispersos, hechos pedazos, con el ánimo en cruel quebranto, se encajaron en su campamento.

López que comprendió ese rápido descenso de la moral de su valiente pueblo, misterioso talismán con el que se prometía hacer prodigios en la resistencia tenaz que aun opondría al ejército invasor, trató de

aturdir el hondo sentimiento con ruidos entusiastas, que levantarán de la triste postración y abatimiento en que habían caído aquellos grupos de valientes; hizo que esa misma noche las descalabradas bandas de música que habían escapado al desastre, tocasen sin cesar, como festejando una gran jornada: efectivamente, era esa la jornada de la muerte, solemnizada por la fanfarría y los atronadores vítores de los padres, los hijos y hermanos que habían dejado tendidos en la roja arena de la lid á sus más queridos deudos; todo esto se hacía para hacer comprender al ejército aliado que su victoria era incompleta y que el Paraguay era el Anteo americano, cuyas fuerzas renacerían al impulso del salvaje patriotismo que lo dominaba.

Entonces fué que exclamó el general paraguayo: *Si hoy ni mañana me atacan, ya no les tengo miedo.*

López había visto prácticamente que todo se puede improvisar, menos un buen general, y recordaría tal vez en ese momento con toda la amargura de la derrota y el sentimiento más profundo que hería su alma, la palabra autorizada del viejo coronel Wisner.

Entonces debió darse cuenta que teniendo un ejército de 38.000 hombres con numerosa artillería y excelente caballería establecido en fuertes posiciones, no debió lanzarse contra un adversario que disponía de 32.000 hombres y 80 piezas de artillería, apenas con 24.000 soldados y sin aquella potente arma; y este grande error habría sido disminuído si Resquín y Barrios no se manifestaran durante la batalla como los

más espléndidos ineptos ⁽¹⁾ y el mismo Díaz no reveló otra noble aptitud que un gran coraje y una tenacidad y persistencia en sus ataques, dignos del mayor elogio.

Pero si es verdad que los generales de López cargaron con el niño muerto, el general en jefe que presencié la batalla con el telescopio desde Paso Pucú, aproximándose más tarde hasta la trinchera del Paso Rojas, todavía á una gran distancia del lugar del combate, no teniendo á la mano su dirección, ni englobando las reservas en su alrededor; lanzando todo su ejército de un solo ímpetu, como una embestida de indios, merece que la crítica de la historia sea con él implacable.

Si es verdad que su gran carácter lo sostuvo hasta su gloriosa muerte, el amor propio exagerado le hizo cometer grandes desaciertos, que los pagó ese pueblo hermano vertiendo su sangre hasta el exceso, ese noble pueblo paraguayo para el que los argentinos debemos tener sincera amistad.

Alguna vez hemos pensado que si el mariscal López, permaneciendo al lado del general Paz, con quien estuvo algún tiempo en Corrientes, se hubiera formado un buen capitán, tal vez otros resultados consiguiera en su sangrienta empresa, porque la mayor parte de sus derrotas fueron debidas á grandes errores militares.

(1) Versiones paraguayas dicen que después de la batalla, López le dijo á Resquín que merecía ser fusilado por su manifiesta ineptitud; y que si no lo hizo fué por no fusilar al cuñado que no le iba en zaga á su general de caballería.

Pero aquel hombre cuya moral era de hierro, inquebrantable, no se sintió conmovido ante tan grande catástrofe y ni pensó un instante en retirarse, al contrario, parece que se afirmó más en su crítica situación y solo trató de reorganizar las tropas que le quedaban.

Debía ser repugnante aquella masa de 8.000 heridos arrastrados á los hospitales, para ser allí atendidos por la divina providencia, aplicando en ese caso la frase aquella de Andrés Vesale: *Yo asisto y Dios cura*. Es verdad, se asistía sin medicamentos, porque todo allí faltaba, sólo la miseria con su séquito de inmundicias se revolvía entre ese hacinamiento de carnes rasgadas, y el soplo helado de la muerte como una brisa letal de agonía, se deslizaba á toda hora murmurando un lamento; se moría rápidamente, en silencio, y sin ruido el cadáver era colocado en el cuero sangriento y lleno de gusanos que le servía de carro fúnebre, y en seguida, sin pérdida de tiempo, arrastrado á la fosa común... hasta el nombre de sus héroes quedaba ignorado en ese ejército que no se preocupaba del porvenir. El ejército paraguayo tuvo más pérdidas por falta de asistencia médica que por la gravedad de las heridas.

En el ejército aliado el sentimiento solemne del gran acontecimiento se había identificado en la masa de sus combatientes; un silencio de respeto rodeaba aquellas grandes pilas de cadáveres enemigos, como el homenaje rendido al valor vencido, á esos paraguayos reclutas que habían combatido con el valor y

la desesperación de los campeones de las grandes causas. Los gemidos de los vivos se confundían con los aullidos de los perros del campamento al sentir el plañidero toque de la corneta que también parecía que anunciaba el silencio del sepulcro; en esa noche sombría del 24 de Mayo en la que veladas las estrellas, semejaba que todo había desaparecido en el gran ciclón de la metralla; ese coro de ayes quejumbrosos parecían suspiros de la desesperación, ahogados por el dolor, oprimían como la angustia que tortura lentamente.

Los hospitales estaban atestados de heridos y de muertos gloriosos. Biedma, Molina, Bedoya y todos los distinguidos médicos que hemos nombrado antes, después de combatir como soldados, trataban de arrancar á la muerte preciosas vidas, y cuando todos dormían el cansancio de la batalla, ellos velaban el sueño de sus enemigos sufrientes, y consolaban su aflicción derramando la piedad de las almas generosas en esa hora tan triste.

¡Nuestros compatriotas! Estoicos del sufrimiento; impassibles ante el dolor. ¡Qué hombres tan bravos! rechinaban los dientes pero no se quejaban por más dolorosas que fueran sus heridas; su altivez se reflejaba en esos rostros color de cera; moribundos, empañados por la palidez de la muerte; morían como habían vivido, no teniendo miedo sino á Dios, á quien imploraban en el último momento cuando ya sentían que la vida se les escapaba, esa vida tan extensa en hechos notables consagrada á la patria.

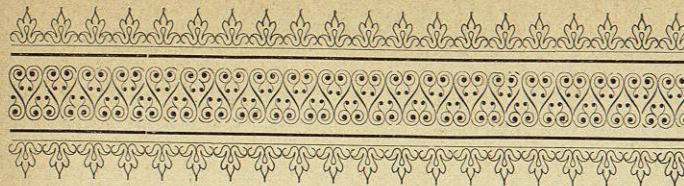
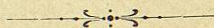
Las entradas de los heridos enemigos á los hospital eran interminables, los pescaban en los pantanos y en los esteros, y con una paciencia evangélica, eran conducidos en brazos de nuestros buenos soldados.

Cuánto valor y resignación presenciábamos entonces en esos mocetones paraguayos que se dejaban cortar las piernas sin prorrumpir en un quejido, al contrario pidiendo una galleta que comer, ó un cigarro para distraerse; recordamos que un joven paraguayo de dieciséis años que estaba sentado en el suelo, apretándose las dos piernas destrozadas por un metrallazo le decía al doctor Bedoya:

¡Ché médico! cortáme de una vez las piernas, que me duelen mucho.

Y esto lo pronunciaba con cierta firmeza que parecía que no sufriera, tal era la entereza de ese niño que daba ejemplo á tanto extranjero, á quienes se les veía llorar por heridas insignificantes.

Después de la batalla, el ejército aliado manifestó el mayor respeto por los paraguayos y todos á una voz proclamaron como á buenos soldados á los bravos jinetes guaraníes que sólo habían sido detenidos por el fierro y por el plomo. ¡Oh valientes paraguayos! la historia os debe un monumento. Esa gloria será imperecedera. Pallejas la admira cuando los ve caer á veinte metros de los reductos de Mallet y saltar hechos añicos por los borbotones de la metralla.



CAPÍTULO XIV

Observaciones sobre esta batalla

ANTES de concluir, nos permitiremos algunas observaciones que se concretarán á los puntos más importantes de la batalla, sin entrar en otros detalles.

Si es verdad que esta victoria se debió á la elección del terreno donde campó nuestro ejército, á la formación táctica con que dispuso el general Mitre las líneas de la alianza, y á su sólida disciplina indiscutible, también es cierto que hubiera sido oportuno completar esas previsoras disposiciones defensivas dominando en lo posible la selva del Sauce antes de la acción ⁽¹⁾ y ocupando después la trinchera del Potrero Sauce que estaba á un paso de nuestra vanguardia; pues hasta

(1) Responsabilidad que pertenece al general Osorio en razón que si hubo sorpresa fué á causa de la ninguna vigilancia que existía sobre los pajonales que estaban á vanguardia de la izquierda del ejército brasileño; y de la selva del Sauce.